

DIEZ AÑOS DEL ASESINATO DE BUESA

Las dos euskadis de Buesa

21/02/2010

Retrato de los tensos días que rodearon el asesinato del dirigente del PSE y de la realidad vasca diez años después

Tres días antes de que ETA lo asesinara, Fernando Buesa había recorrido las calles de San Sebastián en una manifestación para exigir el fin de la violencia y la disolución de la organización terrorista. Aquella marcha, convocada en plena efervescencia de los movimientos cívicos y en medio de un contexto tan tenebroso como el que definían la sangrienta ruptura de la tregua y la insoportable fractura entre las fuerzas democráticas vascas, estuvo salpicada de altercados al intentar boicotearla grupos radicales de la izquierda abertzale. Buesa fue testigo de aquella bronca tensión que reventaría apenas 72 horas más tarde, el helador 22 de febrero de 2000, con el coche bomba que segó su vida y la de su escolta, el ertzaina Jorge Díez. ETA, que apenas un mes antes había revocado el alto el fuego que decretó en septiembre de 1998, al calor del soberanismo del Pacto de Lizarra, matando en Madrid al teniente coronel Pedro Antonio Blanco, eligió a sus víctimas con macabro cuidado. En un escenario político envenenado por la división en torno a los acuerdos del PNV y EA con la izquierda abertzale del entonces emergente Arnaldo Otegi y con la violencia dinamitando de nuevo las frágiles y confusas esperanzas de paz, la organización terrorista sacudió de lleno a la familia socialista, sobrecogió a la Ertzaintza y enlutó a las instituciones autonómicas que Buesa había contribuido a construir desde su compromiso como parlamentario y concejal, como vicelehendakari, consejero de Educación y diputado general de Álava.

Veinte kilos de explosivos hechos estallar en el corazón de Vitoria, a cuatro pasos del palacio de Ajuria Enea, bastaron para arrebatar la vida a dos seres humanos, hundir la de sus familias y agrandar hasta lo insufrible la brecha entre nacionalistas y no nacionalistas. La tarde del doble crimen, con el escalofrío del terror recorriendo de nuevo la espina dorsal de la convivencia en Euskadi, el

Gobierno de coalición presidido por Juan José Ibarretxe dio por roto «a todos los efectos» el pacto de legislatura que había suscrito nueve meses antes con la hoy extinta e ilegalizada Euskal Herritarrok; pacto que había optado por dejar en suspenso tras el asesinato del teniente coronel Blanco. Aquella postrera ruptura llegó demasiado tarde para los socialistas y también para el PP, opuestos a una unidad de acción -la acumulación de fuerzas nacionalistas articulada en torno a Lizarra-, en la que atisbaron siempre un intento de excluir lo que ellos representaban alentado y tutelado por ETA desde la trastienda. Lo que parecía capítulo superado desde el Pacto de Ajuria Enea, pese a que el mismo hubiese quedado arrumbado, se hizo tangible hasta la desazón en las horas que siguieron al asesinato de Buesa y Díez: la división política se inoculó en la ciudadanía, provocando una fisura que, acompañada de una crudísima escalada terrorista, ya no haría más que agudizarse hasta las elecciones de mayo de 2001 y cuya huella no se ha difuminado del todo en la década transcurrida desde el crimen.

El mismo Ibarretxe que tuvo que abandonar la catedral de Vitoria por una puerta lateral cuando se oficiaron los funerales de Buesa, abucheado por quienes exigían a gritos su dimisión, recibiría el aliento cerrado de los suyos en la manifestación de desunión en que se convirtió la marcha convocada a los cuatro días del atentado para repudiarlo. Es difícil encontrar una fotografía más elocuente del abismo que separaba hace diez años a los partidos vascos que aquella movilización que terminó transformada en un acto de exaltación de la militancia nacionalista de la figura de Ibarretxe -arropado por los ex lehendakaris Garaikoetxea y Ardanza-, con socialistas, populares y las autoridades alavesas tras otra pancarta y un grupo silencioso entre unos y otros comandado por Gesto por la Paz. «No sentimos odio, ni rencor, ni resignación. Sólo tenemos una profunda tristeza y un gran vacío», se había lamentado la desgarrada familia de Buesa apenas unas horas antes. Una viuda y unos hijos que se sintieron muy dolidos por la ausencia de Ibarretxe junto a ellos en la manifestación y por la frialdad con que se condujo Xabier Arzalluz en la capilla ardiente. En una escena involuntariamente circular, la semana que se había iniciado con la contraposición de ciudadanos pacíficos y violentos en San Sebastián se cerró agujereando las maltrechas filas de los demócratas.

Diez años después, ETA no ha dejado de matar, ha dado tiempo a sufrir una decepción más con otra tregua fallida, las tensiones en torno al debate identitario no se han diluido -vivieron su apogeo, de hecho, con el plan Ibarretxe- y la izquierda aber-tzale ha emprendido un nuevo camino hacia una

hoy aún incierta reconversión. Pero cuesta rastrear en el ambiente, pese a la persistencia de la violencia y de las divergencias partidarias, el aire viciado de crispación de aquellos días, meses, de 2000. Como es inevitable imaginar que Buesa se habría sentido satisfecho y en cierto modo reivindicado por la llegada de los socialistas a Ajuria Enea. «Fernando dirigió los años de la transición, de los gobiernos con el PNV, los de la ruptura con el nacionalismo y la gestación de un proyecto de alternativa política que su asesinato no pudo anular», resume el presidente del PSE, Jesús Eguiguren.

El hilo conductor

Persuadido de que el cambio de gobierno en Euskadi y la fijación progresiva de «unas nuevas prioridades» en la sociedad vasca no sólo recogen «el testigo» dejado forzosamente por Buesa, sino que constituyen «el mejor homenaje» que pueden ofrecerle sus compañeros, Eguiguren recuerda con afecto al hombre riguroso, racional y capaz, enganchado a su «pasión política y de justicia social». Cualidades todas ellas, añade, que eran las que necesitaba un político en tiempos «duros y difíciles». El elogio lo suscribe Isabel Celaá, quien fue estrecha colaboradora de Buesa y -en otra historia circular- encabeza hoy la consejería de Educación en un Gobierno socialista; un «hilo conductor» en un departamento muy sensible para cualquier sociedad en el que Celaá también incluye a José Ramón Recalde, superviviente a su vez de la barbarie etarra. El peneuvista Joseba Egibar, que compartió horas de negociación, discusiones parlamentarias y charlas de café con Buesa, tampoco le regatea las alabanzas.

«Era un buen parlamentario y un brillante orador. Teníamos una relación muy franca», asegura el líder del GBB. Aunque se resiste a hacer examen de conciencia sobre lo que ocurrió tras el asesinato -«no creo que arregle nada»-, Egibar sí considera que «pueden extraerse lecciones» de aquella «explosión emocional en todas las direcciones». «Hoy nadie piensa que habría responsabilidad que achacar a ningún partido democrático por lo que es terrorismo puro», sostiene el dirigente jeltzale, convencido de que era inadmisibles para su partido que se le «culpara» de un asesinato como, a su juicio, sucedió con el de Buesa.

Una década y otra tregua frustrada después, Egibar quiere «ser realista» con el debate abierto en la izquierda abertzale. Sí piensa, no obstante, que «nada va a ser igual a partir de ahora». Para bien, si ese mundo «lograra vincular a ETA a sus decisiones»; y en el supuesto más negativo -que volviera a matar-, el burukide cree que la apuesta por las vías políticas compromete la respuesta de

esa misma izquierda abertzale. Hoy también, diez años más tarde, Eguiguren recalca que «la política desencantada por la radicalización del nacionalismo» es la que lidera Euskadi con Patxi López. Celaá se queda con el legado del Buesa pactista y dialogante, alejado de «la exacerbación ideológica» e inspirador de la escuela pública con modelos en euskera.